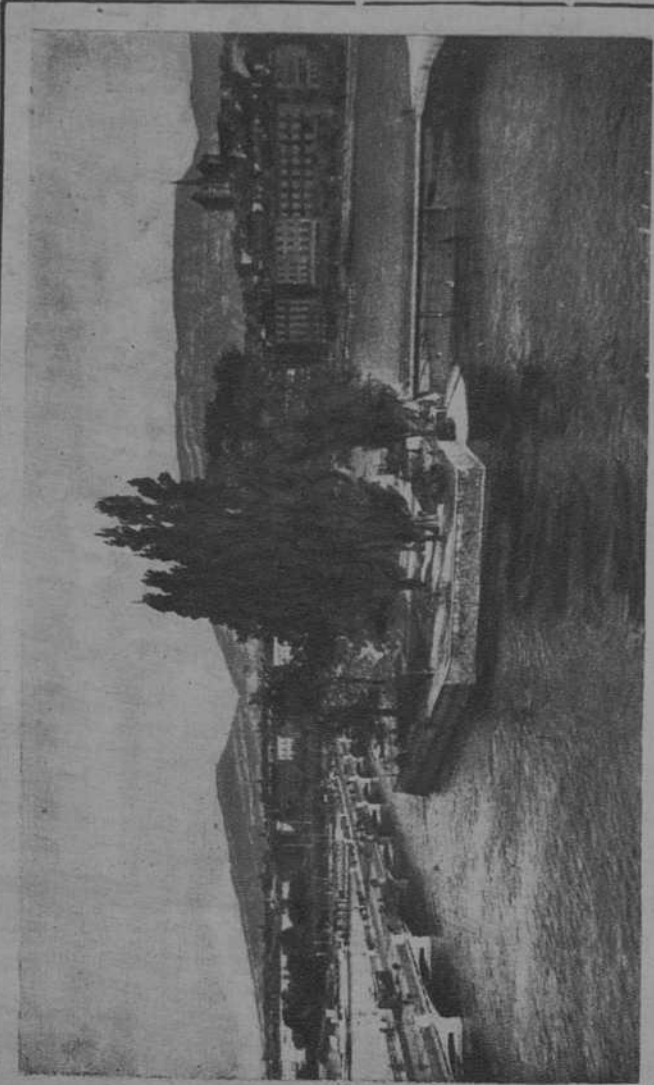
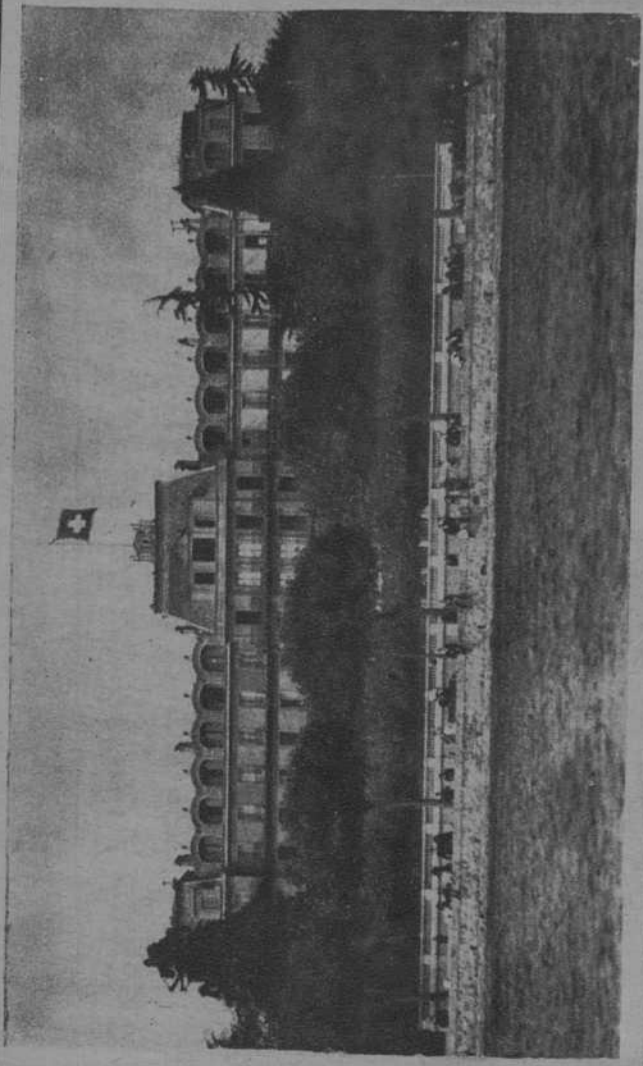


El Lago Lemán
 baña las plantas de
 Ginebra, la ciudad
 internacional, dan-
 dole apariencias de
 puerto. El Mont-
 Blanc reverberan-
 do en sus nieves
 perpetuas los rayos
 de sol preside, alti-
 vo, las bellas pers-
 pectivas de la ciu-
 dad helvética.



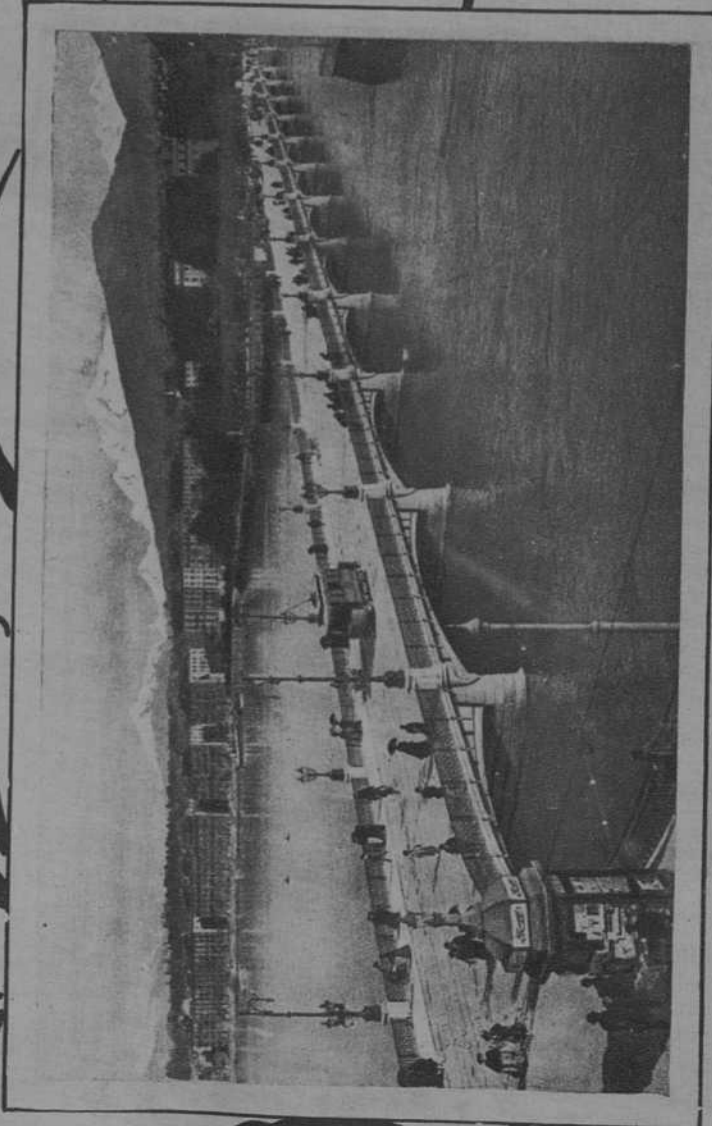
El palacio de las Naciones.



La isla de Rousseau.



El puente de Mont-Blanc.



PAGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

El Día Gráfico

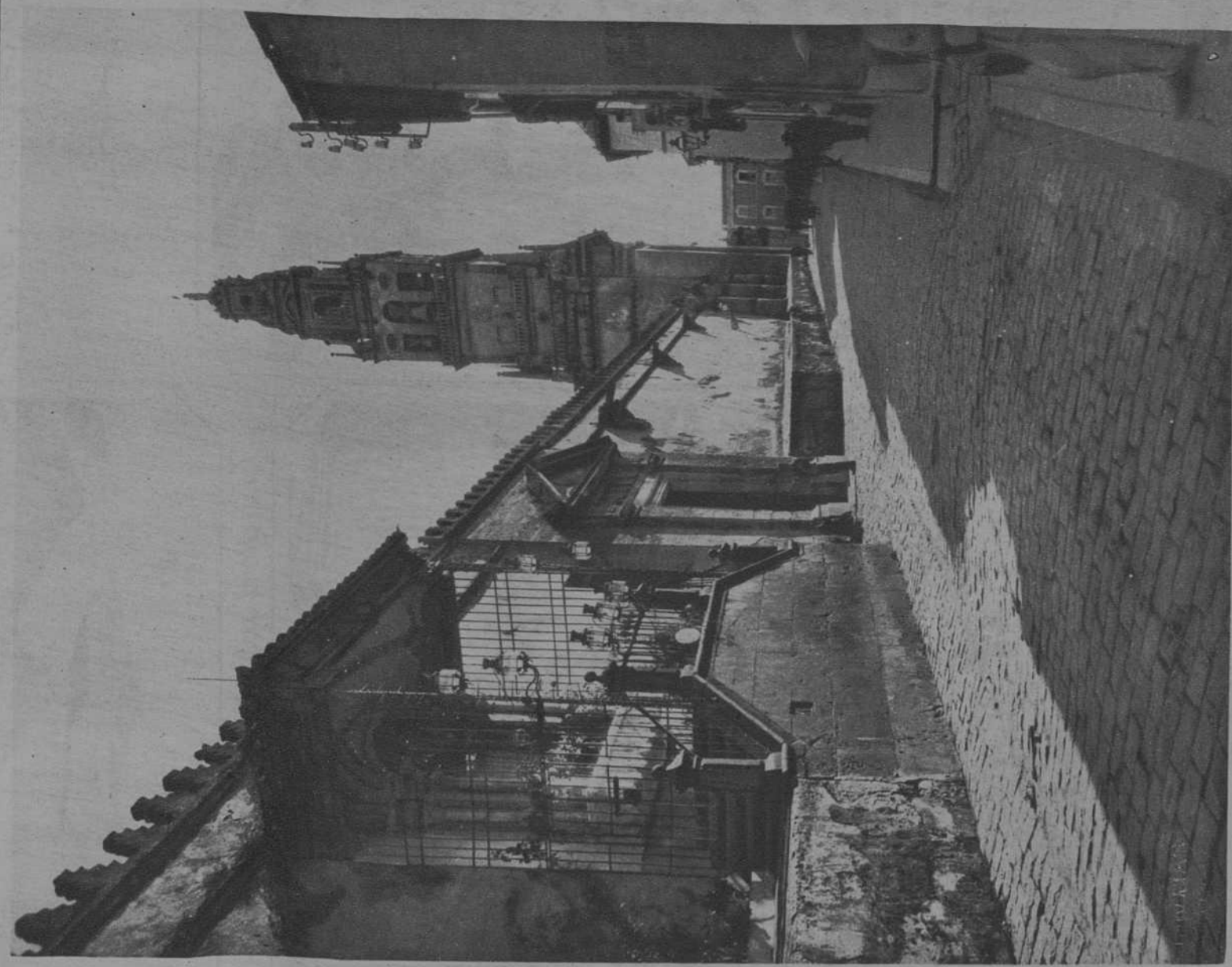
NUM

97

FEBRERO

19

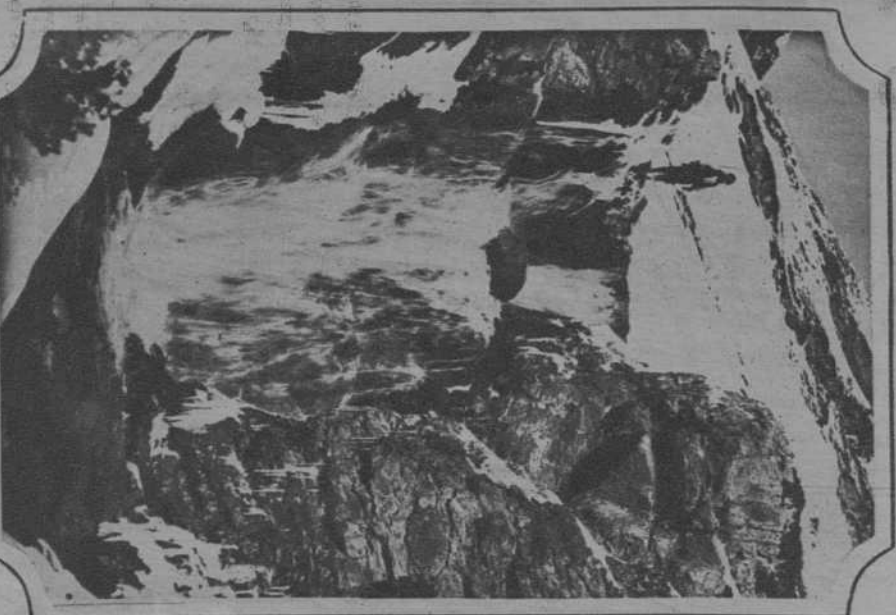
1922



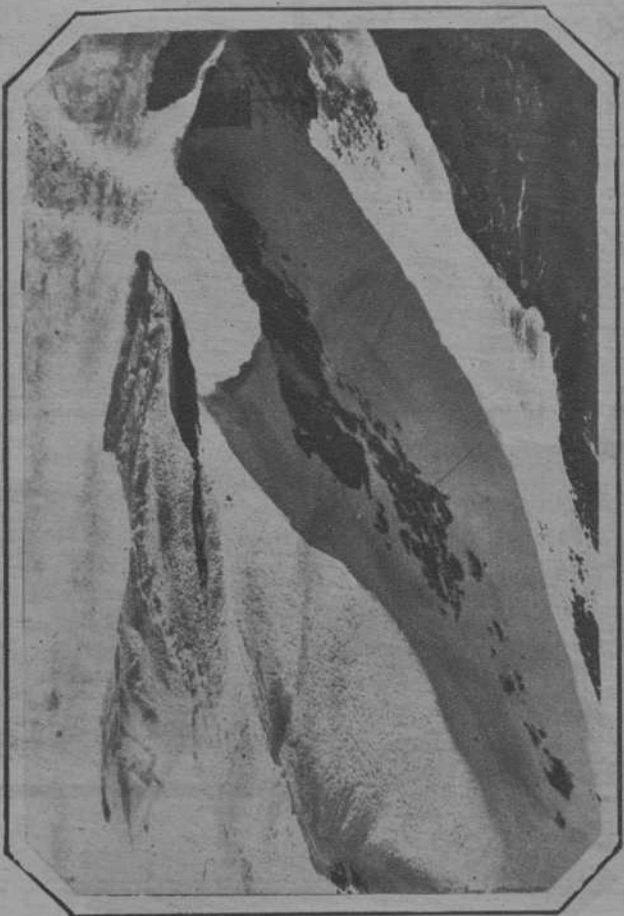
Una de las fachadas de la Mezquita de Córdoba

Foto Mas

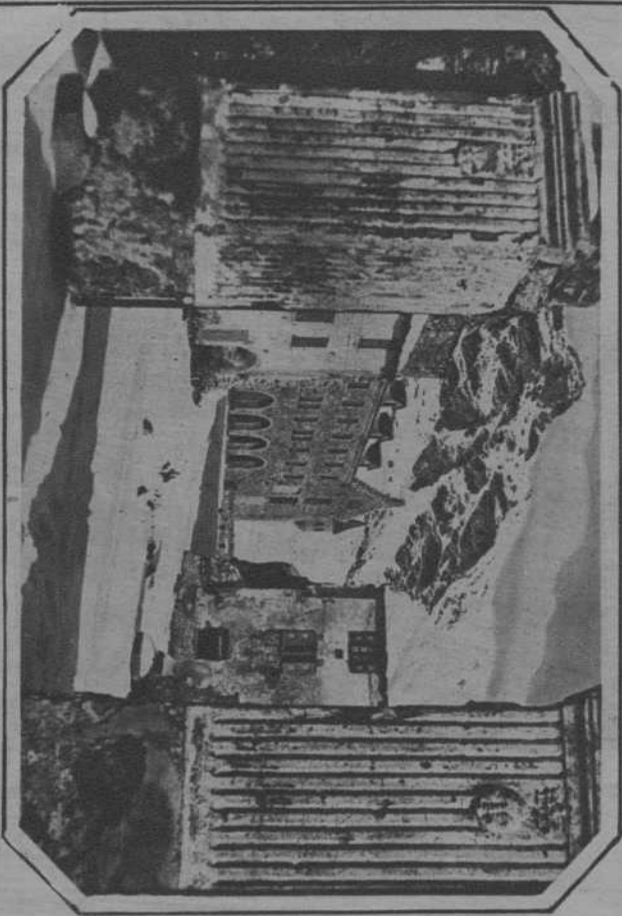
El santuario de Nuria, sede de tradiciones, ofrece en invierno, un sugestivo aspecto. La nieve pugna por cubrir el edificio y el culto, imposible, cede su plaza al deportista y al turista.



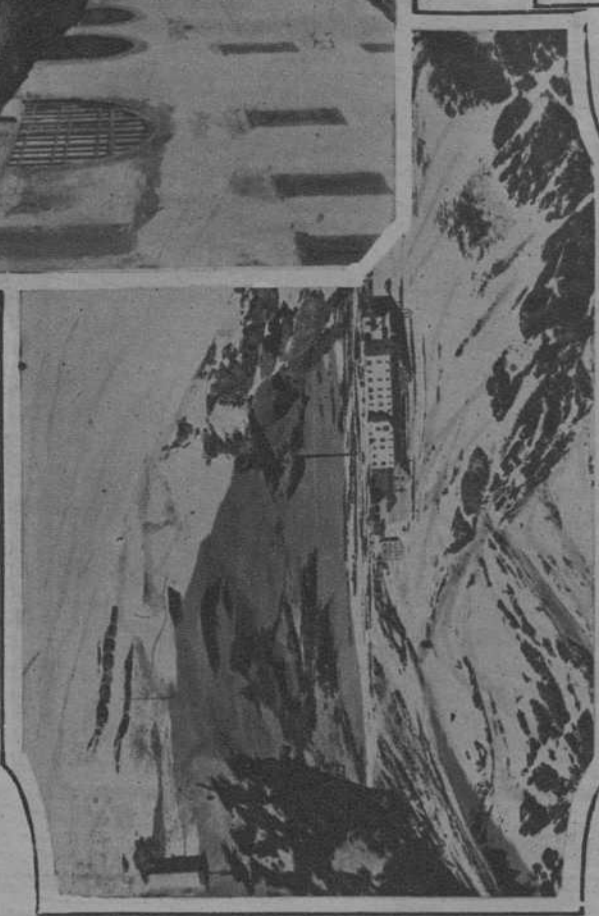
El salto de Mou Fonts.



Un alud sobre las "gorges".



Interior de los patios.



El santuario entre la nieve.

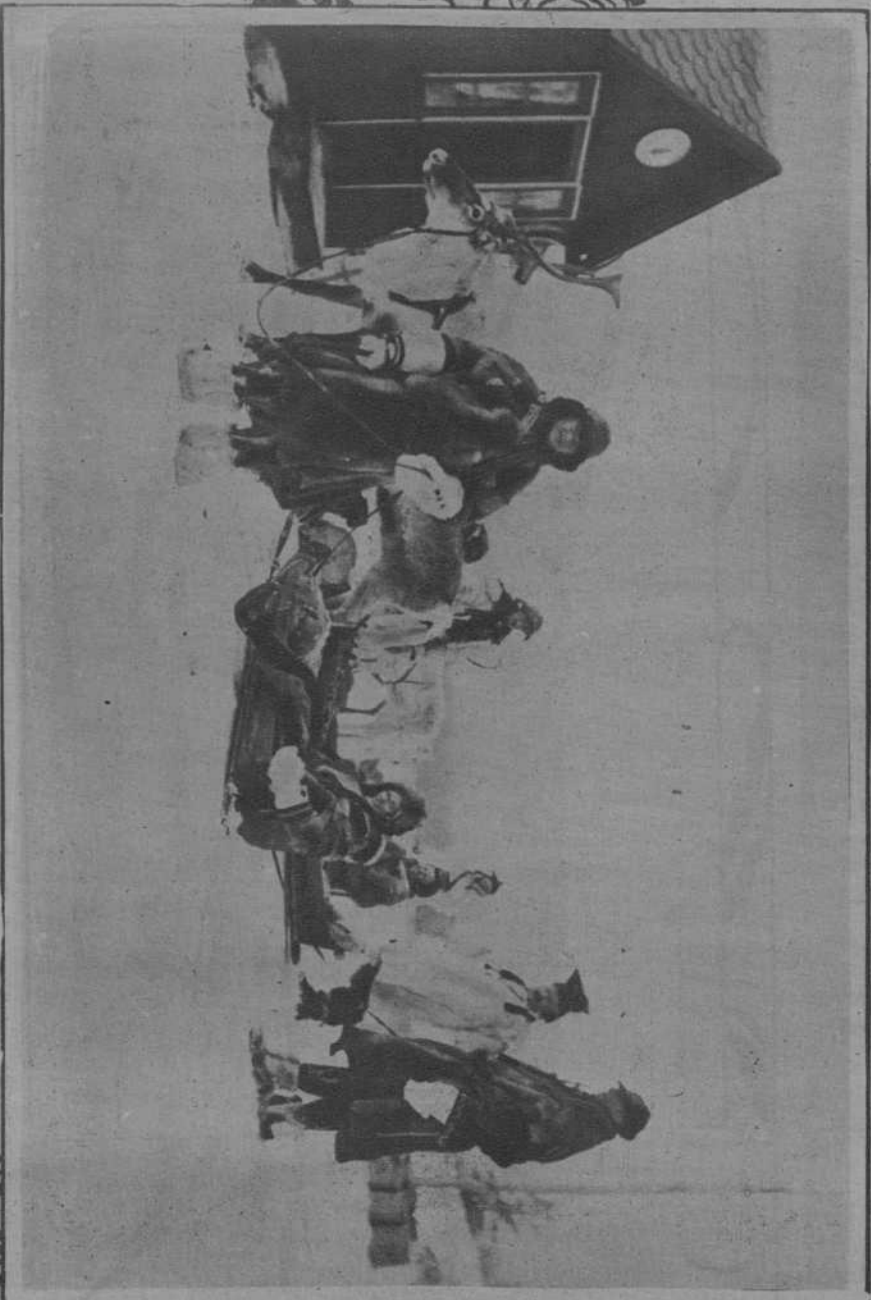
Una ventisquerna, en el patio.



Ruda es la vida en la inhospitalaria Laponia, y solo el hábito y la necesidad la hace soportable a sus naturales. En aquel país de invierno perenne el reno sustituye a nuestro caballo y presta inapreciables servicios.



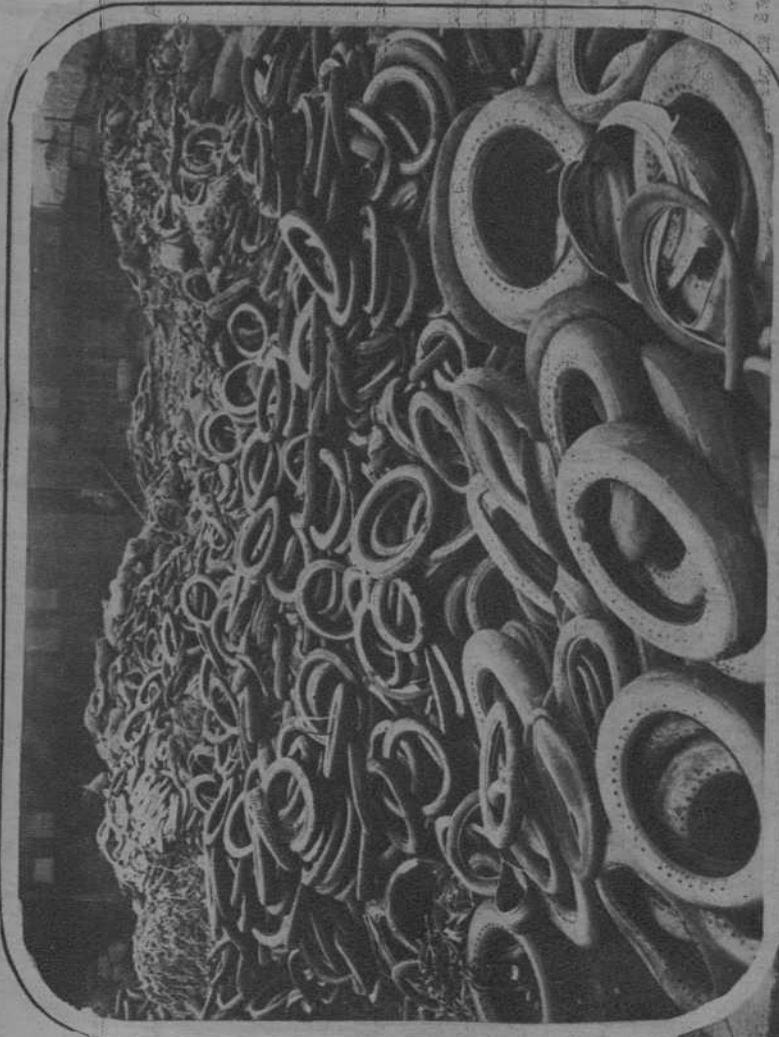
Pequeños lapores saliendo de la escuela.



El único medio de locomoción.

(Fotos Scherl)

Los desperdicios de Berlín ocupan grandes extensiones de terreno. Representan sumas cuantiosas y su explotación ha motivado la formación de grandes fortunas



Un veltoso stock de neumáticos viejos



El escogido de trapos y papeles

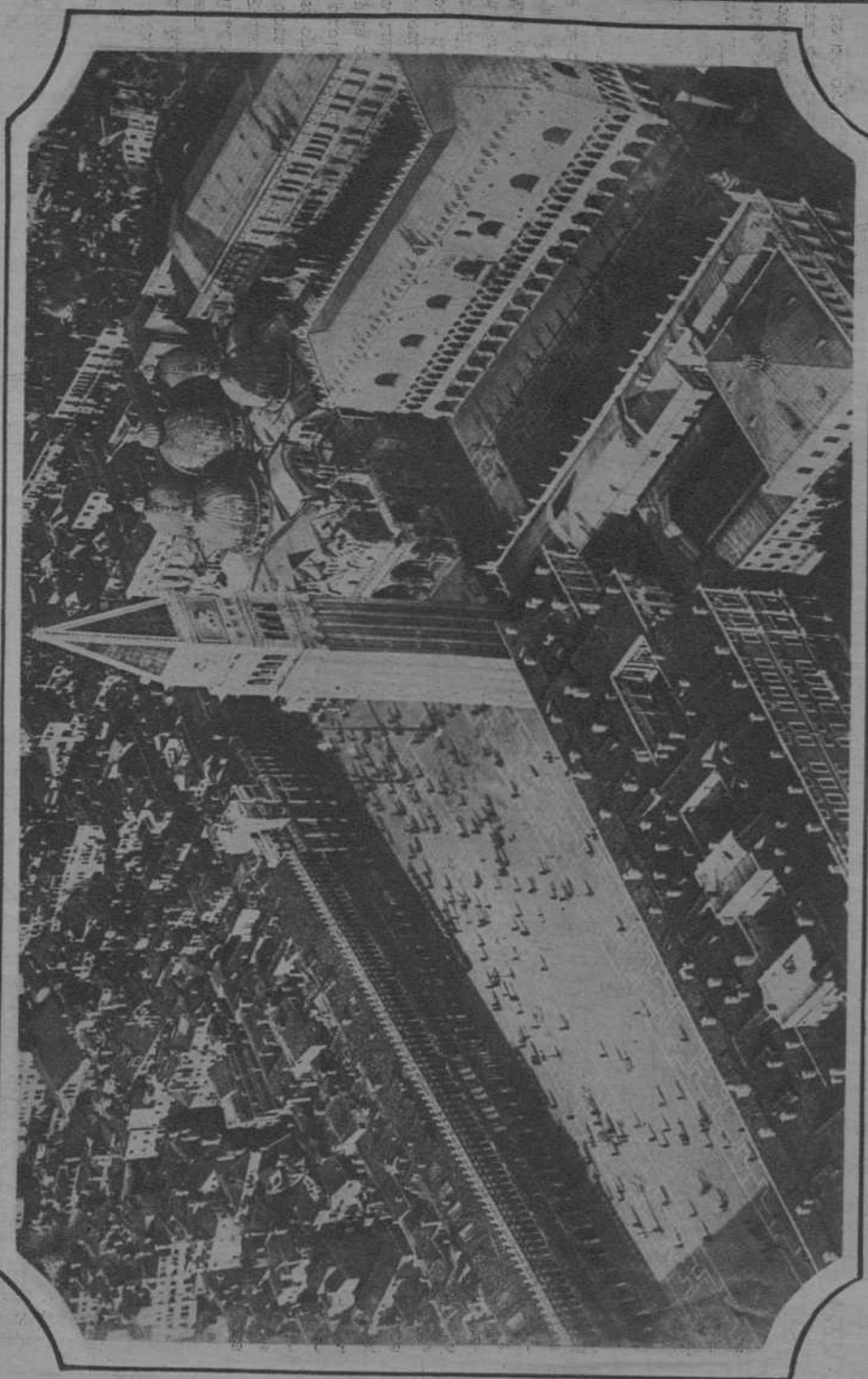


Los cubos abandonados que vencidos al peso, equivalen a cifras importantes

Los herradores hollados en las calles, suman toneladas.

Foto Siret

Vénecia, la bella ciudad del Adriático, muestra, vista desde los aires, su grandiosidad cautivante y su perenne lucha contra el mar...



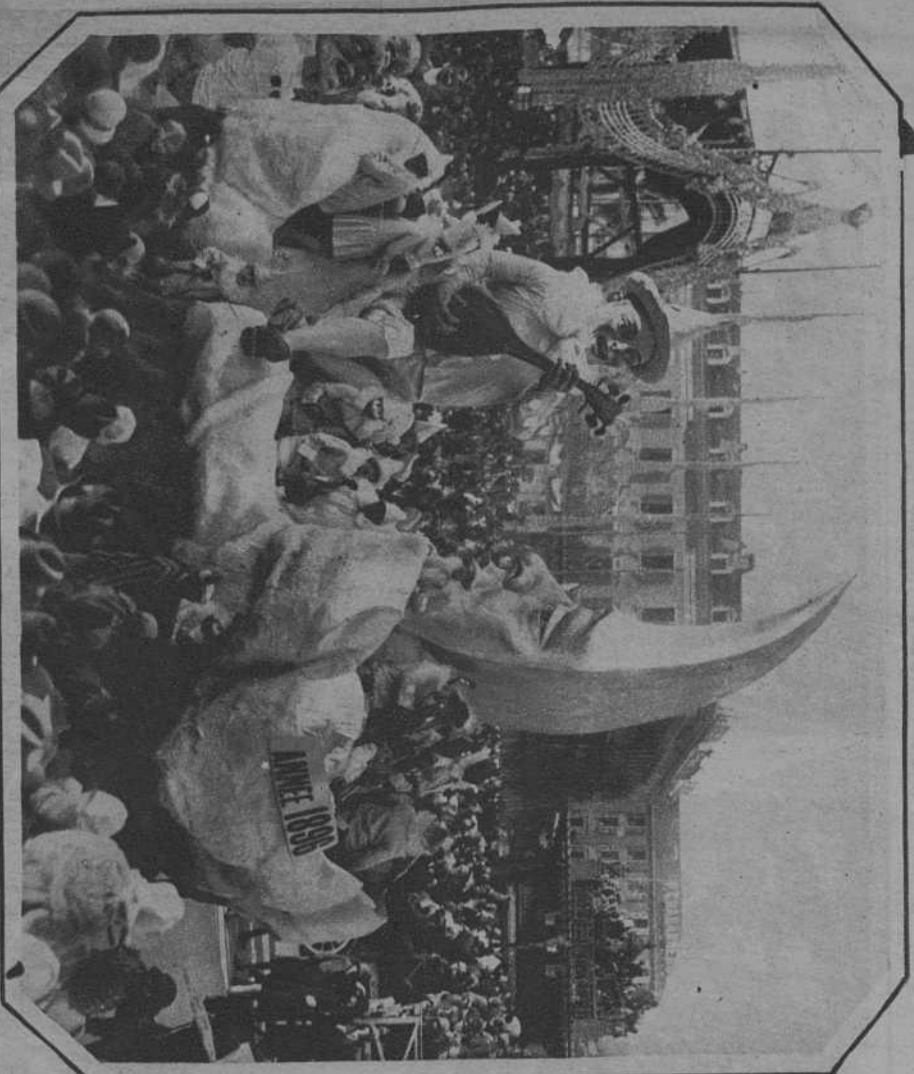
La plaza de San Marcos a vista de pájaro.



El puerto, con la iniciación de sus canales.

Foto Siret.

EL CARNAVAL



La serenata a la Luna

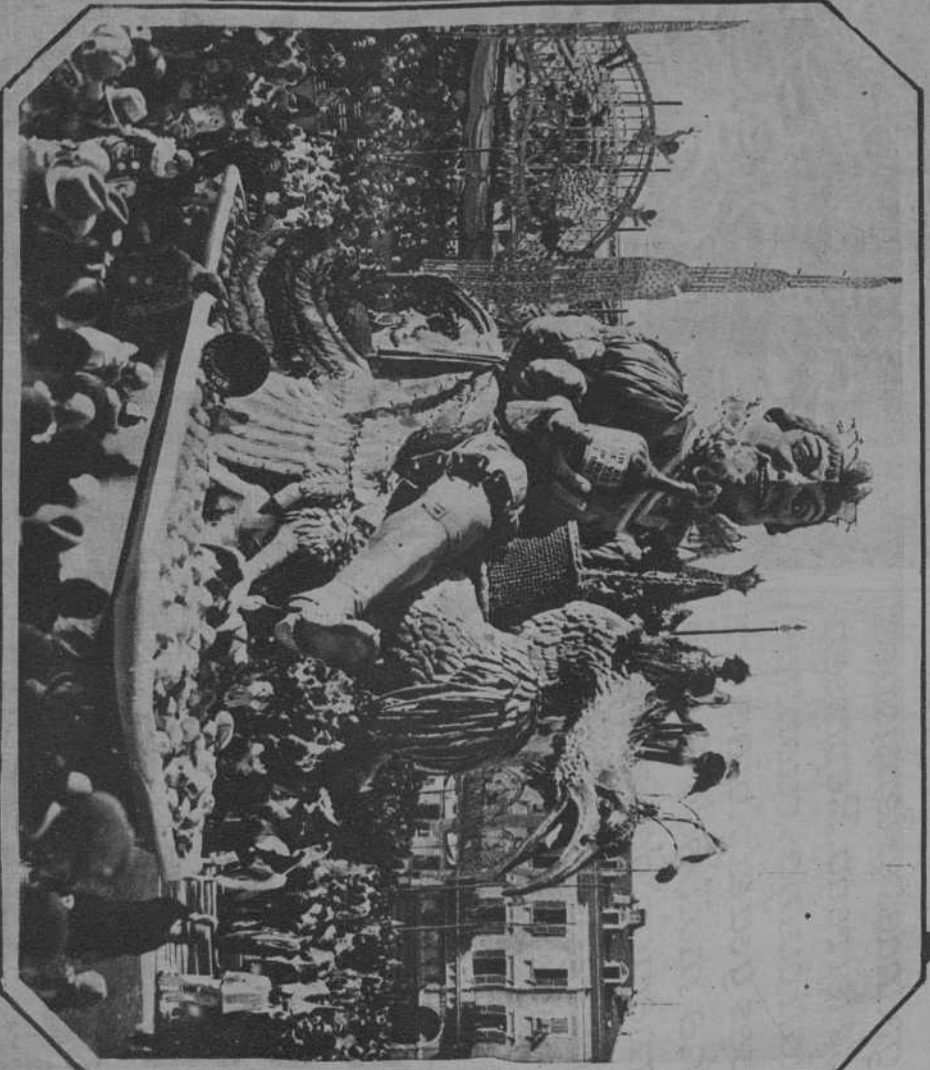


El cortejo de S.M. Carnaval

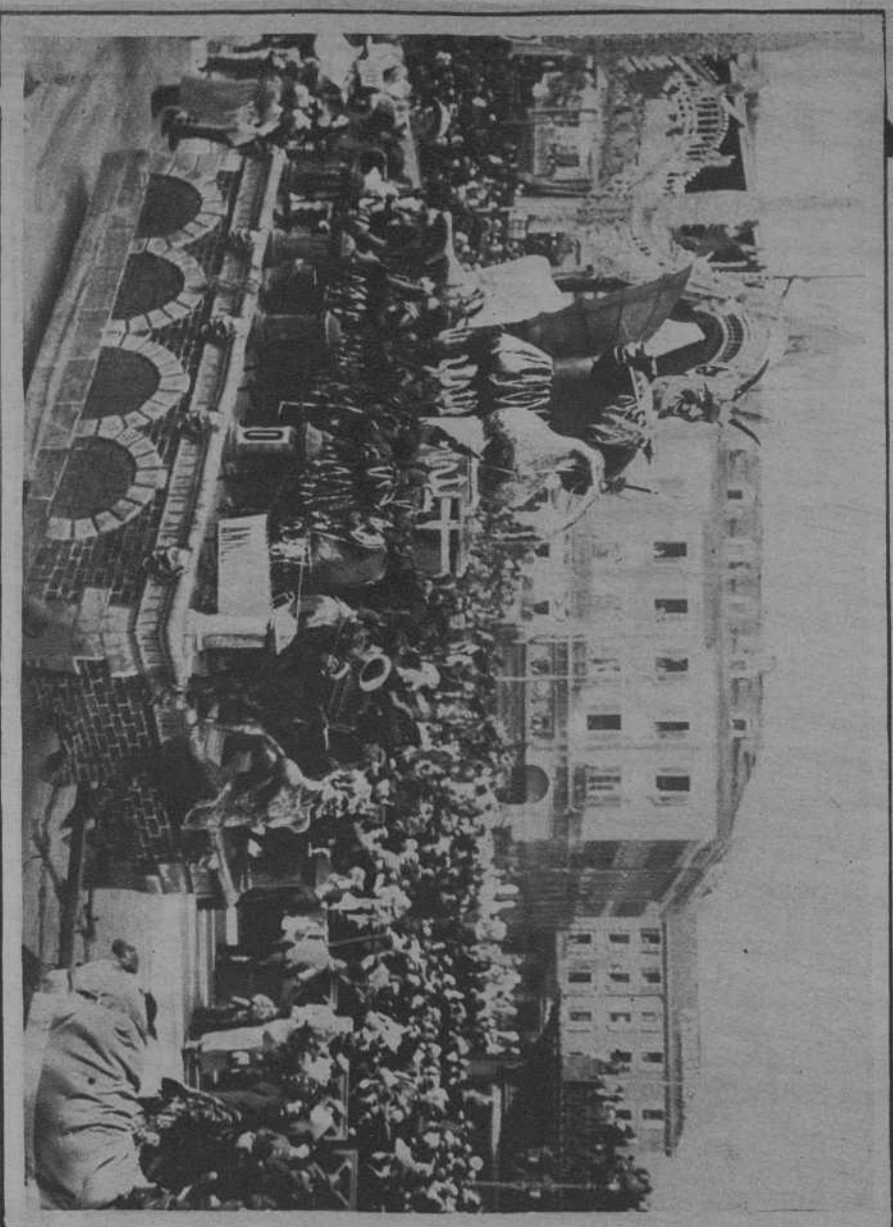
Olívia celebra el cincuentenario de su Carnaval. Este, que por su magnificencia e ingenio ha merecido mundial renombre, será superado este año en humorismo y piqueza.



EN NIZA



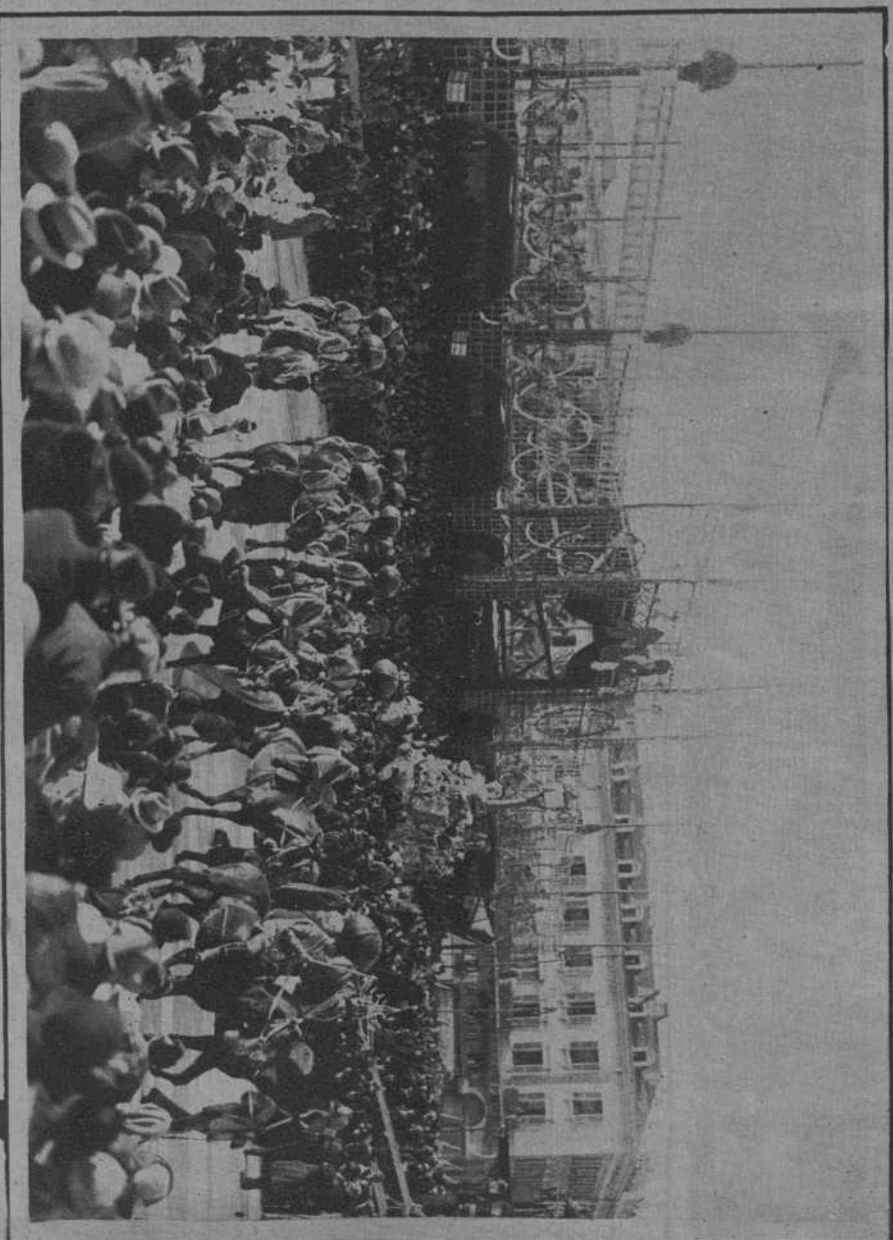
S.M. Carnaval L.



Una carroza artística



Comparsa de los primeros pasos



Una comparsa a caballo



—Estamos sobre un volcán apagado.
—¡Por Dios, papá, apaga el fósforo! ¡No vaya a encenderse!

Los guardianes del Rey

Cierto rey que tenía muchos árboles plantados en su huerto, apreciaba tanto la fruta que determinó guardar los árboles para que no se los robaran.
Con este fin, puso en el huerto a un ciego y a un cojo. —¿Sabéis para qué? Pues soné-

ROMPECABEZAS



Tofuelo ha visto a los ladrones.
¿Dónde están?

llamente porque así vigilarían que no robaran los demás y no se corría el peligro de que ellos mismos se convirtieran en ladrones, ya que el ciego no veía y el cojo no podía subirse a los árboles para coger la fruta.



—¿Cuántas son las estaciones?
—Se lo preguntaré a mi tío, que está empleado en el tren y lo sabrá seguramente...

Al día siguiente cuando lo visitó el rey, vio que habían desaparecido los mejores higos de unas higueras que tenía en gran estimación, y preguntó a los guardianes qué había sido de ellos.
—No lo sé—replicó uno—yo no puedo decirle nada a V. M.
—Ni yo tampoco—respondió su compañero.

El oso y la zorra

Una zorra y un oso se paseaban juntos un día, cuando al pasar por delante de una casa, olfatearon la comida. La zorra sugirió a su compañero la idea de deslizarse en la cocina cuando no hubiera nadie, para robar algo de comer.

El oso aceptó; pero estando en la cocina entró el cocinero, cogió al oso y lo castigó. Este amenazó a la zorra con matarla.

—No cuestionemos por eso—le dijo la zorra—tú tienes sobrada razón para vengarte de mí, pero yo deseo antes de nada cumplirte mi compromiso, y ya que no hemos podido en este sitio satisfacer nuestro apetito, lo haremos en otro que yo sé. Esperárate a que sea de noche, que yo te llevaré a un lugar que conozco muy bien.

Llegada la noche, la zorra condujo al oso a un pozo hondo y mostrándole el reflejo de la luna en el agua le dijo:

—¡Ahí tienes un hermoso queso.

—¡Bajemos a cogerlo.

—Baja tú—le respondió la zorra.

Pero el oso que era muy escamón se negó a ello resueltamente, y entonces la zorra, muy astuta, le respondió:

—Pues para que no haya discusión alguna, vamos a bajar los dos.

—¿Cómo?—le interrogó el oso.

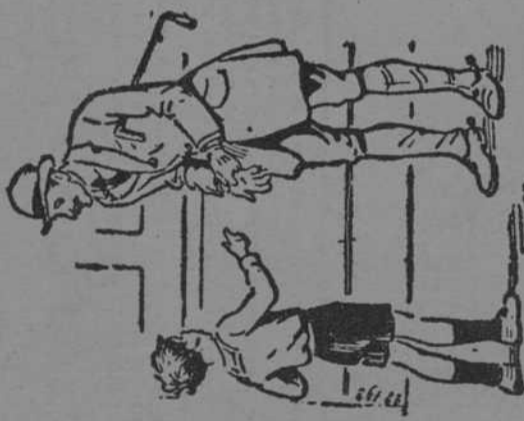
—Cada uno—explicó la zorra—nos metiremos en uno de los cubos y bajamos tranquilamente.

Bien, pero como tú pesas mucho menos que yo—objeté el oso—es necesario que en tu cubo te metas una piedra y así estableceremos el equilibrio.

La zorra no tuvo inconveniente y se metió en el cubo para ella dispuesto, acompañada de una gran piedra, y el oso, ya tranquilo, se metió en el otro.

Tan pronto como el oso se acomodó en su cubo, la zorra, que no esperaba otra cosa, arrojó al espacio la piedra y como era natural, el cubo del oso cayó al fondo.

Ello os demuestra que cuando se trata de engañar a una persona, como en este caso el oso trataba de hacer con la zorra, puede resultar, a su vez, chasqueado.



—¿Quieres venir, uninito?
—Mi papá no quiere que toque ningún caballo hasta que sepa montar.

EL EVENTO DEL DOMINGO

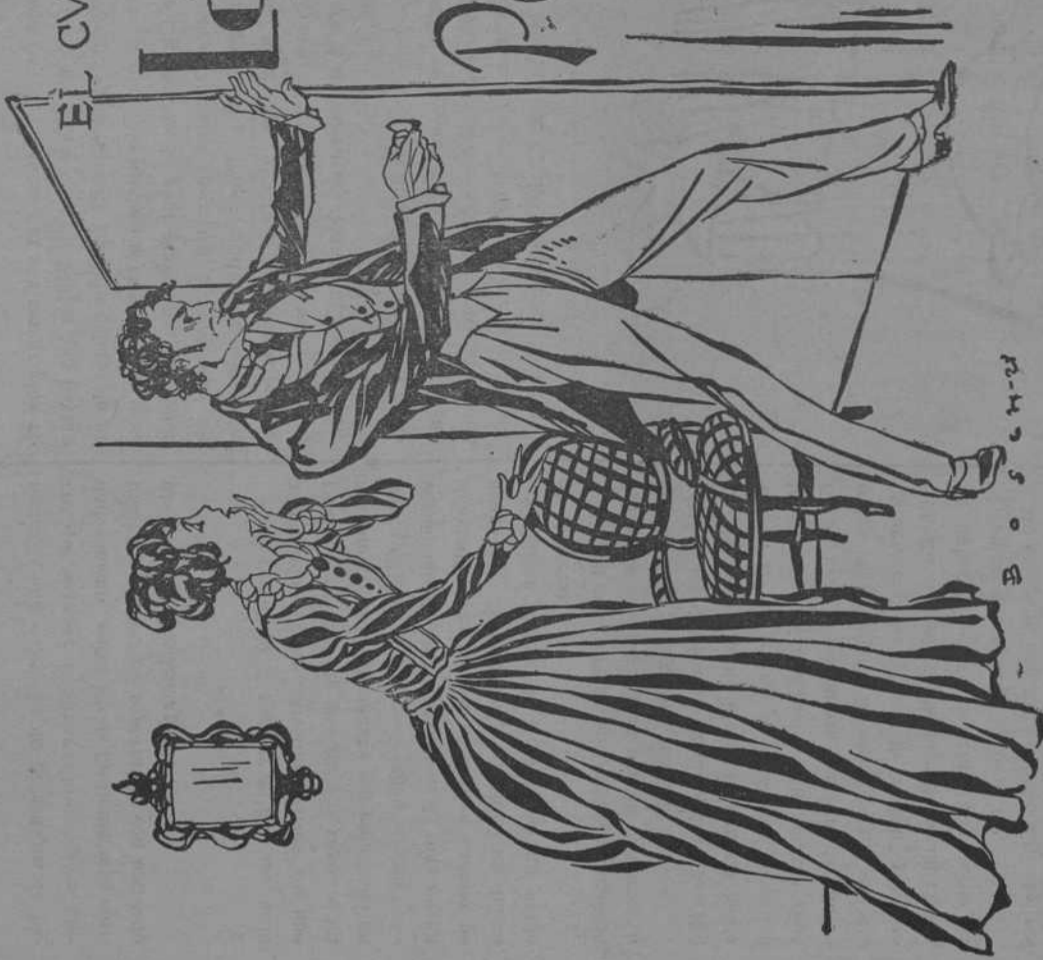
Lalia Jovita

por

Pedro Barragán

DIBUJOS

DE BOSCH



Perdiéndose entre las brumas de mi niñez, recuerdo, con el desenfoque de las primeras impresiones de la conciencia infantil la interesante figura de la tía Jovita.

No tuve la dicha de conocer a mi madre, y como nimbado de una aureola conservo en mi memoria la carilla plácida de tía Jovita, de ojos claros y grandes, naricilla respingona, boca con un piquito saliente, lo más prominently de su simpática persona, si no se cuentan otros "accidentes" que con la edad he aprendido a apreciar y que me hacen hoy clasificar a tía Jovita de entonces como una mujer, apetitosa y linda.

Vivía yo con mi padre en un viejo caserón de una capital de provincia de tercer orden, y en el cual estaban instaladas las dependencias del Estado, en que aquel prestaba sus servicios. Caserón que tenía un gran balcón volado en su fachada del siglo XVII y un patio sombrío donde unos plátanos se estrababan esqueléticos y atormentados en busca del sol, que vislumbraban, bien entrada la mañana, por encima de la edificación, sostenida por gruesas vigas apoyadas en labradas zapatas.

En el dintel de la puerta, que separaba este patio del ancho zaguán empedrado de pequeños gujarras, esperaba yo a tía Jovita, que aparecía, indefectiblemente después de sus

correrías por la población, unas veces vistiendo vaporesos trajes estivales, y otras enfundada en gruesos abrigos, casi varoniles, con la naricilla, roja de frío, asomando por encima del boá, despidiendo Jovita, tal cantidad de salud y vida, que, su sola presencia bastaba para nutrir mi existencia de niño triste, mal cuidado y carente de afectos maternales.

Llenaba de tal manera la fuerza de su personalidad mi vivir, que nunca se me ocurrió preguntarme—inepiciente egoísmo humano—si tía Jovita era soltera o casada. Creía, inconcientemente que era criada para mi felicidad, y que su vida empezaba cuando me avizoraba con mi babero a cuadros, abrochado coligamente en la espalda, mis botas con abolladuras conteras de latón, previsión paterna que no retrasaba tanto como de ella se esperaba la prematura muerte de mi calzado, mi boina, de embiestro rabo, que yo procuraba conservar, encontrando en ello un indefinible y esotérico sentido de bizarría.

Una tarde, mi padre había marchado por la mañana al cumplimiento de un servicio propio de su cargo, llegó tía Jovita más temprano que de costumbre, circunstancia que por lo inesperada me sorprendió ocupado en desempeñar la noble misión de defender a pe-

pernicías de "Machado", un hermoso gallo, de fuertes espolones, cresta agresiva, y roja, gallardamente inclinada a un lado como una boina de lasquetete, y cola de azuladas y pomposas plumas de reflejos metálicos.

Noté que mi tía estaba como distraída y preocupada, correspondiente a mis caricias de un modo maquinal. Mira, nene—me dijo—Lucía vendrá dentro de un rato y te llevará el balón que han puesto las monjitas de Arriba. Procurar venir pronto, antes de que llegue el papá. Toma diez céntimos y compra nispolas en la mujer que "se pone" en el atrio de Santiago.

Minutos después llegó Lucía. Lucía era la vieja criada que con ella vivía. Han pasado muchos años y la recuerdo como si fuera ahora. Aun tengo presente aquella cara de luna llena, el pelo estirado como si el moño como si fuera un tornillo, observación que se podía hacer raras veces, porque Lucía, lo mismo en verano que en invierno, llevaba pañuelo a la cabeza, anudado de tan desmanada manera debajo de la barba, que era movimiento en ella habitual el apretarlo cada cinco minutos, cogiendo una punta con los dientes mientras tiraba de la otra con la mano izquierda.

Después de embutirme en mi "ruso", operación un tanto complicada porque la tem-

apertura benigna de la vieja ciudad permitia larga vida a esta clase de prendas en detrimento, claro está!, de la comodidad en el personaje en la época del crecimiento, salimos, tirando yo de la mano de la sirvienta la cual para aguantarme tenía que echar el cuerpo para atrás, secando de esta forma su ya acuminado abdomen, lo que le daba por sí hasta una serie de círculos.

Volvíamos oscurecido. Cosa rara, Lucia no tenía pisa aquella tarde. ¡Vimos el bello con todo detenimiento. Un bello con su mulo Jesús desmontado sobre hecho de pajas y con mi coña con bozulas doradas. Un San José



muy serio y cargado de razón, y con la varita de azuleños. La Virgen, con su vestidura azul y rosa, inclinada sobre el tierno infante, mientras la muía y el Duey, casi litúrgicos, y casi humanos, miraban inteligentemente, a pesar de sus cuerpos de barro barnizados que tenían, sobre todo el Duey, reflejos

de puñeros. Pastores con sus zamarras rínditas, de pelo de cabra. Viejas que ponían una nota grotescamente realista debajo de un olivo. Viejas que hablaban a la puerta de castas minuscultas, lo cual justificaba la afición a permanecer al raso. Un venetero, que por una graciosa y libre similitud de escenas, negaba la entrada a la errante pareja, haciendo ademanes hostiles con un brazo muy largo y un gorro de farmacéutico en la cabeza.

A esto hay que añadir, como teatro de la acción, montañas de corcho novadas de algodón. Puentes con su chupuncito de cristal, que flaqueaban bastante bien el correr del agua. Palmerías con dátils e higueritas con rayas

tegiendo una colección de personajes de barro, que, a pesar de haber sido escogidos, cuidadosamente, entre los de facciones más optimistas y sonrientes, soporriaban con marcado disgusto el redistrito aparato.

Pasé corriendo el zaguán de mi casa, sitio alumbado por un farolillo polvoriento que rendía el tributo de sus turbios rayos a un antiguo grabado en madera representando un Santo Cristo, al que profesaban singular devoción misteriosas viejas, que de más de un sobresalto mío fueron causantes cuando de noche me llevaban más expediciones hasta vislumbrar alguna de ellas hecha un ovillo en el portal.

Subí en cuatro brinco a la escalera que, bajo dos arcos se apoyaba en gruesa columna de empedrada y pegajosa madera.

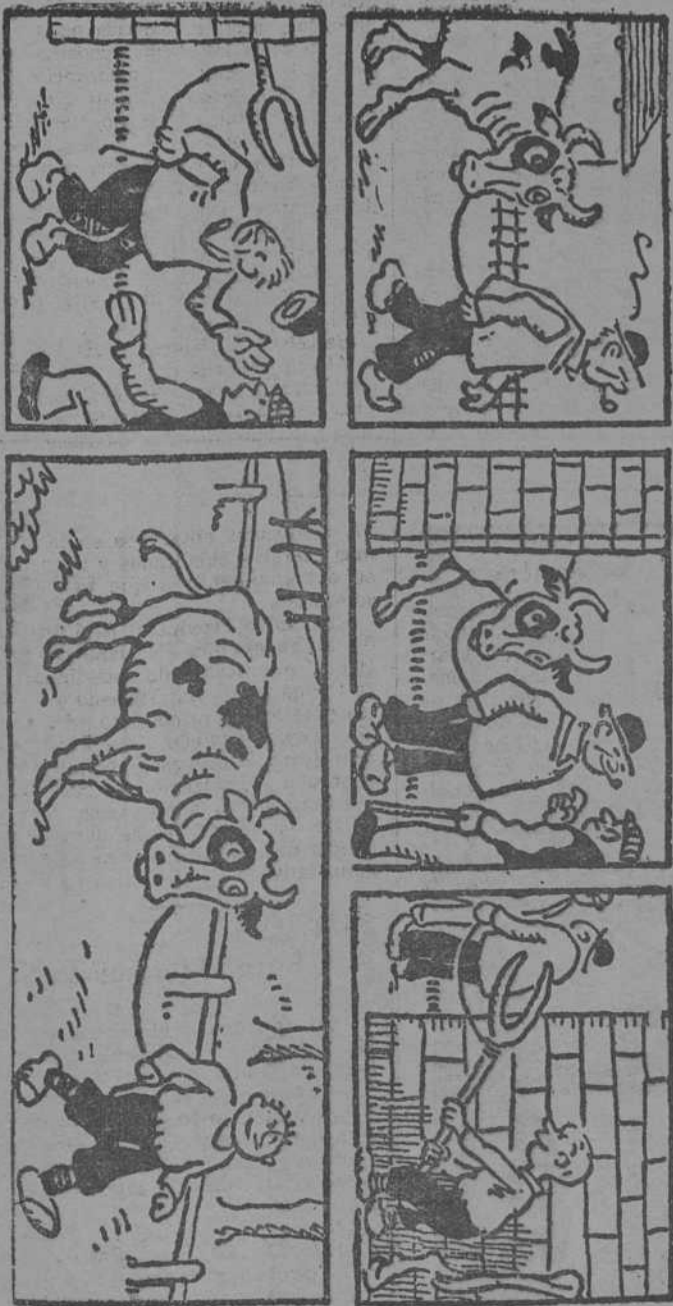
Entré en el despacho de mi padre y lo hallé sin fluminar: Indudablemente aun no había vuelto. En la cocina, a donde me encaminé luego, encontré a Agustina que sacaba ropa de un gran cesto puesto junto al fregadero e iba retorciéndola fatigosamente. Despidió un acre olor de "polvos de la ropa" y humildad. En su gesto malhumorado se advertía no había sido precisamente una tarde de placer aquella pasada junto al río.

Me esperaba una noche triste. Era casi seguro que mi padre no volvería hasta el amanecer, lo más pronto. De repente me acordé de mi gran obra, una cometa que pensaba remontan a las nubes—siempre fui hombre de aspiraciones—pero para trabajar en ella necesitaba unos trozos de cana que había de bajar a buscar en el jardín, cosa que no era para mí tan sencilla como a primera vista parece. Bajé al jardín suponiendo encontrar una serie de habitaciones mal iluminadas y casi desamuebladas; precisamente en una de ellas había una carcomida sillera con fundas blancas, que a mí me producía inexplicable terror.

Me hice el remolón con intención de incorporar a la criada a la excursión; no obtuve de ella más que unos gruñidos, en los que traduje: ¡Como no está una bastante "revendita" de estar toda la santa tarde en el río, date que date, me vas ahora a llevar y traer pa tonterías tuyas. Anda y "vete" que no te van a comer, y déjame de "cancambusas".

Inicié el avance para ganar la escalera, atravesar el patio de los plátanos y llegar al jardín. Ya cantando, para engañar el miedo, una canción de la guerra de Cuba, calamidad que entonces afligía a España:

¡Pérfidos las que pasa Mateo y Quintín de Majama a Maricel...
.....
Miré al pasar por una ventana que daba al



Manera ingeniosa como Bartolo recuperó la vaca que se había apropiado un vedno poco escrupuloso

miedo a que las otras gallinas la picotearan.

Y cuando la molinera al llevarla la comida, les echaba los pulgados de escoba y maza en el suelo del corral, nunca la polifita de las patas de corza osaba meterse entre el bultito, sino que picaba solamente a los granos que saltaban desperdigados lejos del montón.

Así era de cobarde la gallinita. Pero después cuando la echaron chueca—a juzgar por lo que referíame admirado Manolillo—, a medida que iba sintiéndose próxima a la maternidad, la polifita cobardía sacó fuerzas de flaqueza y se la veía, encrespadas las plumas, hacer frente al gato, a los perros y a las demás gallinas. Por amparar a los seres indefensos que tenía a su custodia había llegado (y así sucedió al fin) hasta el heroísmo.

Aquella tarde, la última de su vida, se hallaba la chueca escarbando, según su costumbre, entre el estiércol de la puerta de la cuadra, rodeada de sus once pollitos. Tenían el color almonado y los ojos negros, menudos, como granos de munición.

Alrededor de la casa venían ir y venir a la madre. Llegaba picoleando hasta la era, ya se contaba entre los sarmientos secos, hachichas para caldar el horno; ya bajo las tarajes de la orilla del río. Pero siempre seguida de su minúscula prole, de sus once pollitos, vigilándolos uno por uno.

Desde la azotea del molino presencié la trágica escena. Fue rapidísima, y por lo mismo, inevitable.

Por la orilla del río apareció Cain, el perro enorme de la huerta vecina. Venía jadeando, con la lengua encendida como una llama infernal y una a modo de sonrisa diabólica en las hinchadas encías.

Cain corrió tras uno de los pollitos, que

huyó atemorizado, dando chirridos de zorra frente al halcón, hasta colgarse junto a la madre.

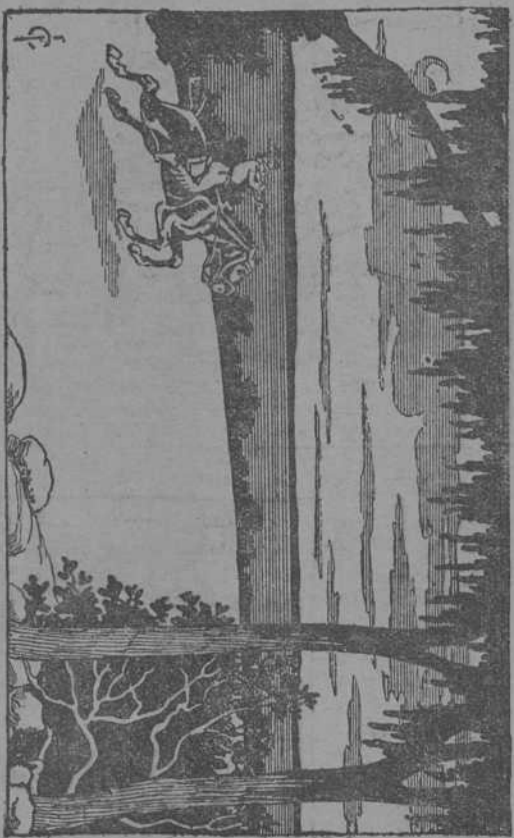
La chueca, erizada las plumas del cuello obstinándose en apoderarse del indefenso animalito.

Cain, rabioso, impulsado por un cruel deseo de venganza, abalanzóse entonces sobre la gallina, que se defendía disputándole fuertes alfileros, dando furiosos brinco por la espesura con violencia.

Al rechazar al can en uno de esos saltos, Cain la prendió de una enorme dentellada por el débil cuello y la mordió con furia hasta seccionárselo.

La gallina hizo algunas trágicas contorciones, aleteó con desesperación, hasta que, vencida ya y desangrada, cayó en el suelo forta, inerte, como un grilloapo.

Uno de ellos, el más descaradillo, llegóse empuñándose la cabeza erizada y los ojos de camarito, relucientes, y empezó a picar a las horribles, que disponíame a haverse el cuerpo inerte de la chueca.



Este piel roña persigue a un bisonte. ¿Dónde está el bisonte?

¡QUE COSAS SUCEDEN!



PAGINAS INFANTILES

LA LECCION DE GIMNASIA

Acabada la recolección, todos los años, mediando agosto, marchaba yo con mis padres al molino nuestro, enclavado en la orilla del Genil.

El edificio, blanco como una ermita, destacaba su albuza entre el frondoso verdor de los mimbrales y chopos que lo circundaban.

Al salir de casa cierto día con los dos hijos del molinero, Manolillo, el mayor de ambos, me dijo, señalando a una gallina clueca que, seguida de su prole, escarbaba ante la puerta de la cuadra, entre el estiércol:

—¿Sabes cuál gallina es esa?

—No—reponse extrañado.

—No te acuerdas de la pollita que te regaló el año pasado el tío Gabino, el molinero que vive del río allí?

—¿Cómo?—repliqué maravillado.—¿Esta clueca tan grande es la pollita aquella?

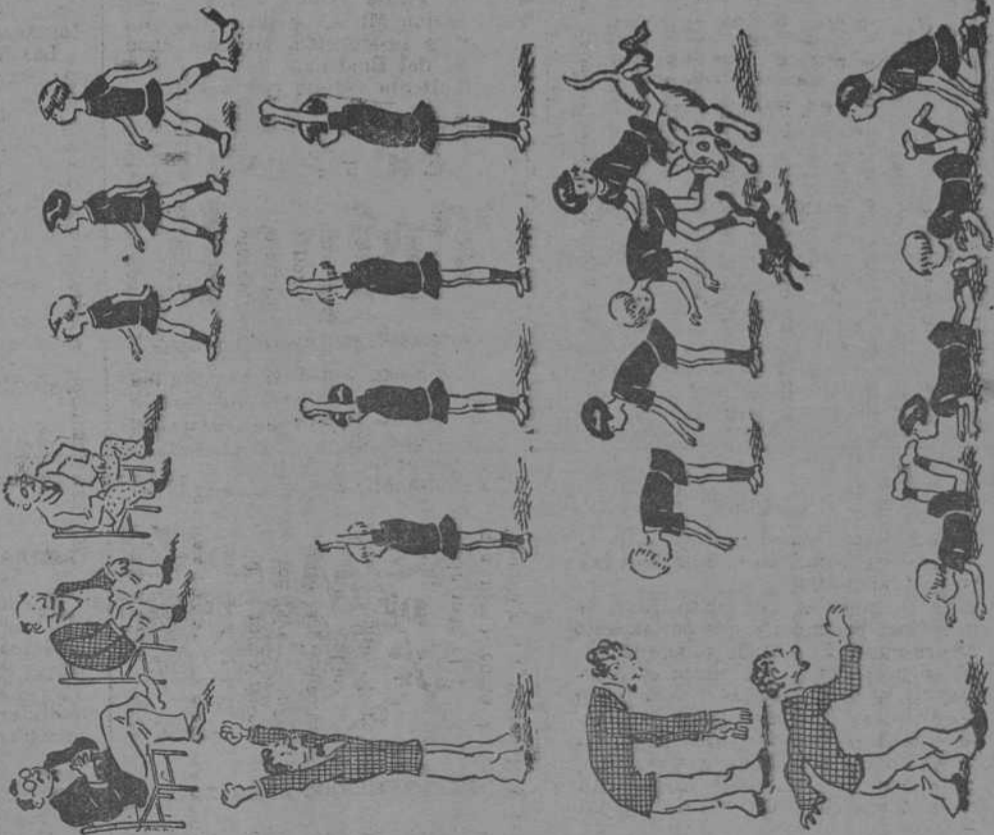
—La misma, hombre. Sólo que ya se ha hecho una gallina y tiene esos pollitos. Es tuya, ¿sabes?... ¡Buena!—rectifico—todas son tuyas! Pero quiere decirse que esa es tuya, tuya, porque te la regalaron a ti.

Y los pollitos también, no creas... Nos sentamos en el suelo a la sombra de un olivo, para distraernos con el ir y venir de los polluelos.

Sobre los rastros calcinados en el sol, focante sol de la siesta. Un gorrion se posó en las chumberas próximas, y en las adelfas del río cantaban pertinaces las cigarras.

Yo comencé a interesarme por aquellas aves, que eran de mi absoluta propiedad, y me desprendí complacido de parte de mi merienda, que fui repartiendo entre la madre y los hijitos.

Mientras los bichijos corrían alejándose en pos de las migajas que yo lanzaba al aire, pude advertir un rasgo maternal de la clueca que me conmovió. Había echado un trozo de golosina a la madre con ánimo de que lo comiese ella sola. A tal fin se lo dejó en el mismo pico. Apresuróse la gallina a devorarlo; pero en aquel instante llegó presuroso uno de los pollitos a disputarle la presa.



Historieta sin palabras

Y entonces observé cómo la madre, que ya casi rozaba con el pico mi obsequio, renunció, abnegada, a él por cedérselo, amorosamente, a su hijito.

Desde la tarde aquella le cobré un singular afecto al animalcillo, y ya todos los días obsecuaba a ella y a su prole con cuantos comestibles caían en mi mano.

El rasgo antes dicho y el fin trágico que tuvo la clueca, han hecho que, a través de los años, aún la recuerde con emoción.

Cuando me la regaló el tío Gabino, soltóla en el corral, y el pobre bicho buscaba los roncotes, acobardada. Hacia de su propia sombra, las demás gallinas la recibían, tal vez envidiosas, celosas de su gentileza, con manifiesta hostilidad. Era rubia, con patas doradas y ligera de corza, y mostraba un mofo plumoso y distinguido, que le prestaba cierto aire de infantina con tirabuzones. ¡Qué cobarde era! Recuerdo que a veces, cuando la sombra de un polluelo proyectábase junto a ella, la pollita había amedrantada; luego permanecía estirando el cuello tornasolado y torcida, timida, la cabeza para mirar hacia arriba, hasta cerciorarse de que ya no había peligro que temer.

En la pila de agua siempre bebía sola, por



—¿Está tu tío?
—No, señor. Está en el cementerio.
—¿Volverá en volver?
—Creo que sí. ¡Como está muerto!...

oquedad de la sala como una curcujada sarcástica.

El habitante de la araucaria corrió decididamente a unir su esfuerzo para abrir la puerta. Yo oía claramente la respiración jadeante de ambos. Entonces fué cuando percibí, más que con oídos humanos, con esas desconocidas facultades perceptivas en los momentos supremos, la... voz de tía Jovita que decía: lo mejor es llamar. Yo saldré sola primero... inventaré una excusa... esto no puede prolongarse.

El clásico rayo, de todos los momentos de estupor, cayendo a mis pies no me hubiera conmovido más que aquella voz, querida dulcemente desahogada. Otra cosa llamó de repente en mis oídos con un toque de alarma: el golpear sonoro de las herraduras de un caballo contra el empedrado. Eran los pasos de "Pajarito", ¡el caballo que montaba mi padre! Este descubrimiento, que minutos antes me hubiera llenado de alegría, me aterró. Instintivamente mi cerebro se entenebreció con vislumbres trágicos. Pajarito resonaba ya muy cerca, en la puerta exterior del jardín de la que mi padre poseía la única llave. Corrí escaleras abajo. Atravesé como un relámpago el patio. Tropezé en la obscuridad de una sala con un lebrillo abandonado. Llegué, castañeteando los dientes como si tuviera fiebre, al cerrojo, el cual descorrí suavemente, tirando hacia mí de la pesada hoja. El espíritu malo de las cosas humilladas gruñó hostilmente al sentirse burlado...

Ya estaba "Pajarito" en el jardín. Oí la palmada cariñosa en las ancas redondas con que mi padre le invitaba a entrar en la cuadra. Momentos después mi padre me lavaba

lugar de mi preocupación. Los trocos de los árboles relucían con la humedad. Tenía el jardín algo de osario.

De pronto se heló la sangre en mis venas, un escalofrío corrió por mi espalda y sentí erizarse el mechón de mi coronilla: Abajo, junto a la puerta que daba acceso al jardín por el lado del patio, y para la que había que atravesar una vieja cocina de verano, un bulcejeaba sordamente en la puerta haciendo desesperados esfuerzos por violentarla. Era una lucha silenciosa contra obstáculo. La puerta resistía. Los empujones, apagados, fuertemente presionantes no lograban hacerla ceder, ni lo lograrían, era una maestra puerta de roble del país, claveteada y con pedregoso cerrojo, que había sido corrido.

Quise gritar y no tuve fuerzas para ello. Sentí, al reaccionar, el insano placer de la emoción del peligro estando a cubierto. Ni al maderamen ni el cerrojo fallarían. El cuerpo que contra la barrera se debatía iba descalabreciendo. La lucha, por lo visto, duraba largo rato.

Una suave llamada le hizo cesar en la portía y dirigirse bajo una araucaria, de cuya penumbra se destacó una sombra, para mi oculta hasta entonces, preocupado con la escena que primero llamó mi atención. Los dos bultos se reunieron. Era indudable que hablaban. Sin embargo hasta mí no llegaba el más pequeño murmullo. Parecían dos grandes insectos, comunicándose por las antenas.

Después de la conferencia la sombra primera volvió e hizo un supremo esfuerzo. —No cederé—parecía decir el obstáculo al hombre—y la comunicación repercutió en la

taba en alto. Oía a monte y a caballo. Al besarme me dijo:

—Nene, qué frío estás. Habrás estado jugando al aire libre...

Yo metí la cabeza entre su barba y me sonreí una lágrima.

He bajado de la diligencia. Soy ya un hombre y tralgo en el bolsillo un título universitario, que no sé ciertamente de qué me servirá. Me ha entristecido durante todo el camino la idea de que ya no encontraré a mi padre. Tía Jovita me espera en la calle. Ahora es ella la que me aguarda.

Hemos cenado en la amplia mesa servida por Lucía, que arrastra los pies desahogada. Al terminar ha sonado un aldabonazo allí abajo. Ha abierto y ha entrado Sánchez del Moral. Viene a saludarme como antiguo amigo de la familia.

El pollo, sastre, cazador y canchista es ya una ruina. Tiene todo el pelo blanco y anda con afectada soltura para disimular los estragos del tiempo. Se ha sentado frente a nosotros, y Lucía, que conoce sus gustos y costumbres, le ha sacado una copa de agua-diente de Eute y una copa de agua.

Suenan las doce. Al ir a acostarse Lucía, mi tía le ha dicho:

—Ojerra con cerrojo la puerta del jardín. Algo ha venido a la memoria del viejo temo que se sonreí; mi tío Jovita se ha puesto rojo como un arbol; yo he disimulado mi turbación metiendo las narices en mi vaso. Mientras tanto se ha oído a lo lejos un suspiro de Lucía que parece por los colores un alma en pena.

PEDRO BARRAGAN

FIN

Rodando el film

Humorismo

El símbolo del Humorismo trascendental, defensor de nuestra época ha sido universalmente reconocido: Charlie Chaplin «Charlot». En su torno gira todo un género de literatura en glosario. Me vienen a la memoria unos cuantos monumentos básicos de esta serie: Henri Poulaille con su «Charlot» genuinamente a una firma de más respeto: Paul Morand: «Una noche con Charlot en Nueva York». Más allá se alza el ritmo exaltado de un poeta de la generación recién llegada. Me refiero a la «Oda a Charlot» de Cardona y Aragón. Edouard Ramond—que ya filosofó oportunamente la silbata de Rudy—ha publicado también un libro sobre la vida y la obra de Chaplin, de la cual una amprosa traducción de César A. Cornet, ha sido publicada recientemente en edición popular. Y por último, los «Ejercicios», debidos a la maravillosa acrobacia estilística de Benjamín Jarrás.

Más de un lector habrá de quedarse perplejo. Pero... Si lector; todos estos libros —y los que no recuerdo—que he citado más arriba, estudian el arte de Charlot, la trascendencia de Charlot. Si, de ese mismo Charlot del bigote grotesco, del hombre ridículo, del gracioso empujado, del jiniquillo inquisidor, del pantalon a cuadros y los enormes zapatos que te ha hecho reír tantas veces. Ese a quien has visto caminar a pequeños pasos, con los pies en una línea recta, que tras un giro rotacional cada aparta se ha oprimido el corazón con una dul-

Pero no es mi intento añadir un nuevo comentario en la lista de los que sobre Charlot se vienen publicando. Quiero, en cambio, recabar, al lado de su humorismo cuajado de humanidad, un puestito. Un puestito para que lo ocupe otro actor de la pantalla. Proclamamos que lo merezca por obra y gracia de su obra posterior: «El Soldado». ¿Habéis visto «El Soldado» por Larry Semon (Tomassin)? (Observo que los apodos de los actores cómicos del cinema pecan tal vez por exceso de payasería. Bueno será añadir, por cada país los bautiza a su manera). Para los que no la hayan visto habrá de ser algo difícil la comprensión, que—sin embargo—procuraré allanar en lo posible.

**

Llevar los cineastas norteamericanos una larga temporada lanzando a las pantallas del mundo una serie de cintas cuyo asunto constituye la sublimación, la aureola legendaria, que en torno del «Salvation Army» del ejército que vino de Norte América, a decidir la Gran Guerra en favor de los aliados, se está tejendo. Aureola de valor, de heroísmo, de gallardías juveniles. Es la glorificación de ese soldado, tipo norteamericano, mozo jovial, apasionado, moderno y deportista irradiando simpatía bajo su casco protector, haciendo pintorescamente. Por ejemplo «El gran desfile»; por ejemplo «El precio de la gloria» para no citar más.

Pero no podía faltar la nota humorística de la hazaña. (Esta y la nota sentimental son las capaces de hacer llegar la gesta al corazón del pueblo, solamente). Y vino «El precio de la gloria». Y vino «El fresco de las trincheras». Y vino «El Soldado».

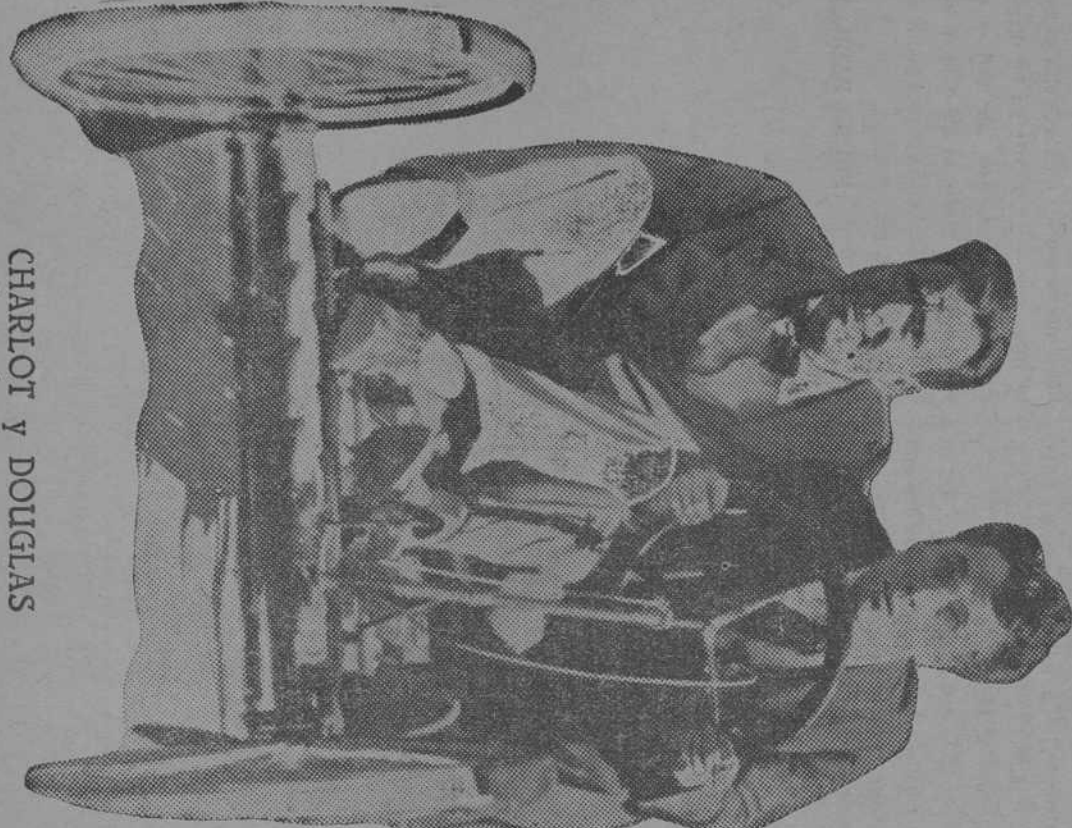
**

Larry Semon, protagonista de «El Soldado», realiza un poema formidable: el poema del desencanto.

Tomassin, soldado del ejército norteamericano. Soldado. ¿Quién no hermana esta palabra con una confusa algarabía de charnes, desfiles, hazañas y glorias guerreras? Pero Tomassin—el hombre más esmirriado de su Compañía—ha sido destinado a la cocina, y consume desconsoladamente sus horas, llenas de presentimientos heroicos, pensando patatas ante un pavoroso montón que no desaparece jamás. Es en vano que intenta vibrar su sangre y que ante los ataques enemigos corra a empuñar las armas. Siempre hay alguien que se lo impide. En la cima de la trincheras está su ideal, pero la prosa, la realidad—la vida—está en la cocina, junto al pavoroso montón de patatas que no decrece jamás. Y más tarde, en aquel pueblecito francés, donde las tropas gozan de un descanso bien merecido, Tomassin, soldado lleno de ensueños, es un proscrito barrendero que junto con una sección de compañeros tiene a su cargo la limpieza de las calles del pueblo.

Al final, llega—para que la obra termine bien, tras una serie de episodios accidentales—la hora del heroísmo. Pero lo humano, lo hondo, lo sentido, lo genial, es lo que constituye la primera etapa de la obra: la vida del soldado desilustrado, la tragedia de todos los ensueños frustrados: el poema del desencanto.

Al lado de Charlie Chaplin, en el sitial de la soberanía del humorismo universal, defensor—y definitivo—de nuestra época, yo proclamo que debe situarse una figura más, indiscutiblemente: es Larry Semon



CHARLOT y DOUGLAS jugando con un auto

GUILLELMO DIAZ PLANA

POB TIERRAS DE ARAGON

Alrededor de la leyenda de «El collado de la gitana»

A las tres de la madrugada salimos de Mora de Rubielos. La noche era oscura y el airecillo que azotaba nuestros rostros, bastante frío. El caballo que arrastraba la tartana en que íbamos embudidos y acurrucados, el tartanero, mis dos amigos y yo, caminábamos con dificultad, cuesta arriba. Avanzamos, avanzamos entre las sombras, ateridos de frío.

Amarecía. Poco a poco íbamos dando cuenta claramente de los objetos que nos rodeaban—árboles y malezas—y con los primeros rayos de un sol otoñal admiramos la exuberancia de vegetación en los montes que velamos por todas partes. Los pinos eran espléndidos y maravillosos. Llegamos, por fin, a lo alto del monte, y, en seguida, descendimos por la misma carretera, estrecha y sinuosa, hasta tropezar con la Venta de la Virgen de la Vega, que está al pie de la cuesta. Eran las ocho de la mañana.

El frío molestaba renos. Se preparaba un día magnífico.

La ventera, una mujer de media edad, fuerte y robusta, al oír que encargábamos tres caballerías para subir a Valdehnares, nos dijo, casi sorprendida:

—¿Señoritos, ¿no tienen ustedes miedo de quedarse helados?

—¡Helados...!—Le objetamos.

—Si, helados—, insistió la ventera—. ¿no conocen ustedes estos terrenos? ¿No han subido nunca al Monegro? ¿No han atravesado el Collado de la Gitana?

—No hemos estado nunca por aquí. —Pues no dejen de llevarse las mantas, e ir muy prevenidos. Este año, todavía no ha nevado, pero estamos a 10 de octubre, y cuando uno menos se piensa...

Nos acercamos a la puerta de la Venta, y nos señalan el Monegro y toda la cordillera aragonesa, limpios de nieve. No había nevado todavía aquel año. Y era verdaderamente increíble, a juicio de aquellas buenas gentes de Alcalá de la Vega.

—Diga usted ¿por qué se llama el collado ese del Monegro, el «Collado de la Gitana»?

—Se le llama así, hace muchos, muchísimos años.

—¿Y no sabe usted el motivo?

—Sí lo que me contaron mis abuelos, lo que me contaron mis padres... Lo que se cuenta por estos contornos.

—¿Quiere usted contarlos?

—Pues... verán ustedes. Era el año... Bueno, tengo muy poca memoria para las fechas, y no me acuerdo fijamente del año. Hace muchos, muchísimos años. El invierno no en esta comarca, había sido muy duro. Nevó en marzo, nevó muy intensamente en abril.

En el mes de mayo, en lo alto del Monegro, había más de un metro de nieve. A pesar de ello, a mediados de este mes, estaban practicables las veredas. Hasta aquí llegaron algunas gentes de Valdehnares. Durante la segunda quincena de mayo, aunque frío, el tiempo estaba despejado... Por estos pueblos de Alto Aragón, antes más que ahora, iban unas gitanas vendiendo ropas y chucherías, y diciendo la buena ventura...

A las dos de la tarde, unos trozos del firmamento, hasta entonces despejado y azul, se vieron empañados por nubes blancuzcas que ocultaron ligeramente el sol. Y se dejó sentir bastante frío. Media hora después, el cielo estaba por completo nuboso, ofreciendo una tonalidad gris oscura. El sol había desaparecido en absoluto.

Los excursionistas, que almorzamos en una casta de campo, inmediata a Valdehnares, invitados por un excelente amigo nuestro, nos acordamos de las palabras de la ventera y de la suerte de la gitana. Y decidimos regresar a la Venta de la Vega. Nuestro amigo, hombre de campo, y acostumbrado a permanecer allí semanas enteras, bloqueado por la nieve, no dió gran importancia al mal cariz del tiempo. Pero nosotros, obsesionados con la historia y las reflexiones de la dueña de la Venta, no quisimos continuar un momento más en aquellos terrenos.

El inciamos el regreso. Cuando apenas habíamos avanzado unos cien metros, observamos que se nos venían encima, por entre una cortadura de dos montes, unas grandes nubes blancas que instantes después nos tenían envueltos hasta el extremo de no distinguir nada a dos metros de nosotros. Y una granizada horrible nos azotó el rostro y cubrió nuestras ropas.

Seguidamente comenzó a nevar de tan copiosa manera, que al llegar otra vez al «Collado de la Gitana», la nieve alcanzaba un palmo de altura, y nosotros íbamos como envueltos en sendos alborinos.

Y siguió nevando toda la tarde. Como el terreno estaba inseguro y resbaladizo, nos apenamos todos de las caballerías, y optamos por continuar el viaje a pie.

El espectáculo era maravilloso, extraordinario. Todo el terreno que dominaba nuestra vista estaba cubierto por una densa capa de nieve. Los caminos y veredas no podían distinguirse. Se podía transitar sin desbalancearse, gracias al instinto de nuestros guías.

¡Tanta blancura, y tan intensa, nos deslumbraba!

A medida que nos aproximábamos a la Venta de la Vega, la nevada se convirtió en llovizna. Y llegamos a nuestro alojamiento, ya de noche, calados hasta los huesos.

Mientras nos secábamos, al amor de la lumbre, esperando la cena, recordamos a la ventera su acierto en el augurio de la mañana.

Y la buena mujer ríe, viéndonos tiritar, y nos dijo con socarronería:

—Del mal al menos que no han corrido la suerte de la gitana...

**

Al día siguiente, un sol espléndido nos acompañó en el regreso a Mora de Rubielos. Y al ponernos en marcha, contemplamos largo rato, ataridos de frío, el magnífico panorama que ofrecían los montes y valles; los Monegros y el «Collado de la Gitana», blancos, muy blancos.

Y nos acordamos de los viandantes que se despidían y perecen entre la nieve...

JOSE GAYA PICON